

SIMPLICISSIMUS¹

John Lewis Gaddis es una de las figuras más ideológicas en el subcampo de la «historia diplomática» estadounidense. Todos los historiadores, por supuesto, operan en una ideología y a través de una ideología; lo inusual de Gaddis, sin embargo, es que ha puesto en primer plano la naturaleza ideológica de sus obras. Aunque el mensaje transmitido no siempre ha sido el mismo, siempre ha defendido con constancia los intereses estadounidenses y ha reflejado coherentemente –si bien con ligeros retrasos– las actitudes dominantes en las potencias existentes. Realista en la década de 1970 y neo-reaganista desde finales de la de 1980, Gaddis se sintió un tanto descontento en la era de Clinton, pero ha encontrado al segundo Bush perfectamente compatible con sus concepciones. El método de Gaddis también ha pervivido a lo largo de su extensa obra: siempre desdenoso hacia cualquier fascinación excesiva por los archivos, ha preferido escoger un tema o idea y hacerlo avanzar con incesante resolución y claridad, subordinando todo aspecto del procedimiento a su objetivo ideológico. La caracterización de Ronald Reagan en su libro más reciente, *The Cold War*, es aplicable también a él mismo: «Su fuerza radica en la capacidad de ver la simplicidad más allá de la complejidad.»

Para Gaddis, el tipo correcto de simplicidad no es la verdad simplificada, sino la propia verdad. La contradicción, el matiz y la incertidumbre tienden a desaparecer de su obra. Esto no hace que pierda necesariamente su interés: hace falta cierta inteligencia, confianza e inclemencia para escribir este tipo de historia. Gaddis publicó su tesis doctoral sobre Estados Unidos y los orígenes de la Guerra Fría [*The United States and the Origins of the Cold War*] en 1972 y lleva escribiendo prolíficamente sobre el mismo tema desde entonces, manteniéndose en esencia dentro del marco político de dicho tema. Al comienzo de su trayectoria profesional, su proyecto era desactivar la crítica revisionista a la responsabilidad de Estados Unidos en el inicio de la Guerra Fría, después de que en

¹ John Lewis Gaddis, *The Cold War*; Londres, Penguin, 2007, 333 pp.; John Lewis Gaddis, *Surprise, Security and the American Experience*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2005, 150 pp.

gran medida Vietnam hiciera pedazos la ortodoxia nacionalista. Fue, si se quiere, una estrategia de contención contra el revisionismo, que intentaba preservar la «verdad» de la ortodoxia al tiempo que hacía ciertas concesiones al otro bando. Harto de dichas controversias historiográficas, sin embargo, Gaddis empezó a apartarse de su propia disciplina a mediados de la década de 1970, pasándose al campo de las relaciones internacionales. El cambio apenas sorprendió: el interés que siempre le ha guiado ha sido la política en su más alto nivel, y la teoría neorrealista le proporcionó un medio para llegar a su público urbano ideal. Inicialmente, el cambio de enfoque demostró ser fértil, dando como resultado algunos de sus mejores libros: *Strategies of Containment* (1982) y *The Long Peace* (1986) son producto de este momento, en el que la combinación de idioma neorrealista y estrecha atención de Gaddis a los protocolos de las pruebas empíricas amortiguaron cualquier nacionalismo estadounidense indiscriminado.

Con la desaparición de la URSS, sin embargo, Gaddis se desencantó de la teoría de las relaciones internacionales, principalmente por la incapacidad de dicha teoría –y suya propia– de captar los cambios que se estaban produciendo durante la década de 1980 en la Unión Soviética y en el sistema internacional; después de todo, en *The Long Peace*, el propio Gaddis había celebrado la estabilidad de la Guerra Fría en el preciso momento en que ésta llegaba a su fin. Entonces empezó a deslizarse hacia la derecha, bajo la influencia imponente de Reagan, y a buscar inspiración en cualquier área que sirviese a sus preocupaciones ideológicas del momento. De ahí su intermitente interés por la teoría del caos, la tectónica de placas y, en *The Cold War*; el arte dramático y el drama. Esto suena intelectualmente mucho más osado de lo que en realidad es, ya que el método de Gaddis siempre ha sido eminentemente reduccionista.

Fuera del mundo académico, y ciertamente fuera de Estados Unidos, Gaddis ha llegado a ser visto como el representante más distinguido de la historia diplomática, aunque lleva bastante tiempo distanciado del procedimiento erudito y probablemente sus colegas ya no lo consideren fundamental para la disciplina. En 1997 volvió a su área de experiencia original con *We Now Know. Rethinking Cold War* (cuyo mensaje poco convincente era que Stalin no sólo era comunista sino también un romántico). Desde que se trasladó de Ohio a Yale, ese mismo año, sin embargo, Gaddis se ha centrado predominantemente en la «gran estrategia»: que ha descrito, como es típico, como una habilidad intuitiva, que exige «una cierta superficialidad»; no es accidental, por lo tanto, que haya encontrado lectores ávidos en la Casa Blanca de Bush. Pero Gaddis se ha mantenido notablemente claro respecto a los lazos con la política de partidos. Originario de la Texas rural, conserva sus raíces internas en la democracia tradicional del *New Deal*. Conservar su papel de académico «independiente», con la distancia y la objetividad de un historiador que cuenta la verdad, no sólo le ha ofrecido espacio táctico para la maniobra, también es la condición suprema de su poder.

La obra más reciente de Gaddis sobre la Guerra Fría se ha vendido enormemente más que cualquier obra comparable y se ha considerado en general –de nuevo fuera de la profesión– como la autoridad sobre el tema. Anunciado en su subtítulo como «una nueva historia», el libro no es, desde el punto de vista del experto, nada semejante. El propio Gaddis lo dice con aire de desafío, declarando que ha escrito el libro como respuesta a los ruegos de su agente y de los estudiantes para que les proporcionase una explicación más «accesible», que cubriera «más años en menos páginas». Lo que obtenemos es un conjunto de conferencias para alumnos de universidad, prédicas de púlpito para una audiencia comprensiva y crédula. El relato se centra en las «visiones», buenas y malas, y en cómo los actores individuales, buenos y malos, las ponen en práctica; aunque con la excepción de algunos pasajes perceptivos acerca del juego nuclear, el aspecto material recibe una atención bastante descuidada. La Guerra Fría la causó, lo cual no resulta sorprendente, Stalin, un hombre de verdad muy malo. Aunque realmente no deseaba la guerra, ni caliente ni fría, Stalin llegó a esta última porque, al igual que Hitler, pretendía dominar Europa, generando así finalmente la respuesta occidental que merecía. Mientras que al final de la Segunda Guerra Mundial Occidente creía en la compatibilidad de sistemas incompatibles –la coexistencia, si se quiere–, Stalin creía que los sistemas incompatibles eran precisamente eso. La victoria compartida de 1945 ocultó el hecho de que los dos sistemas estaban ya en guerra, «ideológica y geopolíticamente». Mientras que Occidente se caracterizaba sobre todo por la esperanza, Stalin unió la esperanza al temor generalizado, algo que acabaría oscureciendo el mundo los cinco años siguientes.

La década de 1950 y el comienzo de la carrera nuclear a gran escala, sin embargo, provocó una paradójica iluminación del horizonte: Gaddis describe las primeras pruebas de la bomba de hidrógeno por parte de Estados Unidos y la Unión Soviética en 1952-1953 como «un pequeño pero significativo signo de esperanza para la especie humana». Porque la mortalidad enormemente aumentada de la bomba de hidrógeno anunció lo que se confirmaría en la Crisis de los Misiles de Cuba en 1962, que nadie podía permitirse dejar que la Guerra Fría se convirtiese en guerra declarada. La expectativa de la destrucción proporcionó, por lo tanto, control y predecibilidad, el tipo de conflicto controlado que conocería su apoteosis en la distensión de la década de 1970. Por desgracia, era una falsa esperanza. Era falsa, por supuesto, porque dejaba en su lugar un sistema de mando antinatural, basado en el temor, en el Este extendido de manera antinatural. Mientras que, por ejemplo, las ocupaciones occidentales de Alemania y Japón se habían basado en una verdadera autodeterminación, en la democracia, la espontaneidad y el pragmatismo, en el Este se había impuesto un sistema de mando, represión, rigidez y creencia dogmática en la teoría y el pragmatismo.

Mientras tanto, en el mismo periodo empezaron a aparecer agentes «autónomos»: por una parte, los regímenes descolonizados y no alineados, por otra, los «funambulistas» por libre dentro de ambos bandos de la Gue-

rra Fría: sobre todo, Mao y De Gaulle. La Revolución Cultural y Mayo del 68, respectivamente, hicieron poner los pies en la tierra, lo cual en el caso de Mao significó una apertura geopolítica a Estados Unidos. Poco comprendieron los practicantes de esta política de Estado realista que la vuelta a la moral estaba a la vuelta de la esquina, anunciada simbólicamente por la salida de Nixon: la Constitución resultó ser «un adversario más poderoso que la Unión Soviética o el movimiento comunista internacional». Así, a mediados de la década de 1970, surgió una sensación crítica de que seguía existiendo de hecho un criterio de justicia universal. ¿Y qué podía ser más obviamente injusto que el juego de estabilidad geopolítica conocido como distensión? Después de todo, Nixon había acabado defendiendo, en nombre de la distensión, la estabilidad interna de la Unión Soviética: el sórdido Watergate fue proporcional a las sórdidas concesiones de la Guerra Fría. A medida que avanzaba la década, Estados Unidos recuperó su orientación moral y política, la Unión Soviética declinaba económicamente y, en parte conducida erróneamente por Fidel, se desenfrenó en el Tercer Mundo; la escena estaba lista para el triunfante regreso de las nociones eternas de moral y mal.

«Escena» es de hecho la palabra adecuada, porque todos los agentes históricos mundiales que efectuaron este cambio monumental eran «actores» también en el sentido dramático. El profeta aquí fue el papa Juan Pablo II, el antiguo actor polaco que percibió el engaño soviético en Europa oriental y reveló la profundidad de su crisis de legitimidad. Él y otros visionarios como Margaret Thatcher, Lech Wałęsa, Deng Xiaoping y, sobre todo, Ronald Reagan cuestionaron radicalmente las verdades del sistema de la Guerra Fría.

La decisiva contribución de Reagan fue ver que la Guerra Fría no era más que una convención, institucionalizada inmoralmemente en el juego del equilibrio nuclear, y que, de manera igualmente inmoral, legitimaba la perversidad histórica conocida como Unión Soviética. Así, atacó toda la idea de la distensión: que «la Unión Soviética se había ganado una legitimidad geopolítica, económica y moral como igual de Estados Unidos». Asimismo, Reagan había comprendido «que la Unión Soviética, su imperio, su ideología –y por lo tanto la propia Guerra Fría– eran un montón de arena a punto de desmoronarse». Si se le daba un empujón, todo el edificio se vendría abajo. Conocemos el final: «El triunfo de la esperanza», recogiendo el título del capítulo culminante de Gaddis. Gorbachov tiene el mérito de no haber desatado la violencia; pero «el receptor que más ha merecido el premio Nobel de la paz de todos los tiempos» carecía de una «visión» adecuada. La esperanza que ofrecía una especie de socialismo humanizado y la conservación de la Unión Soviética no tenía fundamento y pereció merecidamente.

¿Qué puede decirse de esta fantasía? Hay pasajes de elocuencia y profundidad analítica, en especial sobre las armas nucleares, en los que Gaddis plantea de manera sucinta las implicaciones estratégicas que para ambos

bandos tuvo el inaudito poder destructivo que ahora poseían. Pero en conjunto, Gaddis presenta un juego moral que ronda el cuento de hadas. Sería fácil atacar la visión asombrosamente idealizada de la prístina virtud estadounidense, desde la propuesta inicial de que en 1945 Estados Unidos era el «lugar más libre» del mundo hasta los dogmatismos sobre la flexibilidad, el pragmatismo, la apertura ideológica, etc., de Occidente. Tiene poco sentido argumentar en contra de este idilio, basado como está en gran medida en la fe. Cuando se nos dice, sin embargo, que en Europa Oriental las revoluciones aplastaron la idea de «que los gobiernos podían basar su legitimidad en una ideología que afirmaba conocer la dirección de la historia», es difícil no ver la ironía inadvertida: si hay un régimen que se base en la idea de que conoce la dirección de la historia ése es el de Estados Unidos, como condensación de la historia universal y el fin de la historia en la libertad. Gaddis, de hecho, reitera sin saberlo el tema básico del NSC 68, uno de los primeros documentos fundacionales de la Guerra Fría: mientras que la libertad es natural y se sostiene por sí sola, el totalitarismo —como todas las formas de esclavitud— es un completo parásito y no puede existir a no ser como un ataque a la libertad, su antítesis. El efecto de esta visión es bien conocido: no puede haber legitimidad para los enemigos de la libertad, porque ¿cómo podría ser aceptable la oposición a los criterios naturales y universales de justicia? Esto, en mi opinión, es lo que ha convertido la Guerra Fría en Guerra Fría: la negativa de Estados Unidos en 1947 a conceder a la Unión Soviética legitimidad geopolítica alguna, incluso como enemigo. Basado en las supuestas lecciones históricas de la década de 1930 y en la posterior Guerra Mundial, esto es lo que permitió al gobierno de Truman efectuar la entrada permanente y masiva de Estados Unidos en la política mundial en tiempos de paz.

El esquema de Gaddis garantiza que no haya dudas acerca de la justicia del resultado de la Guerra Fría: «el mundo, estoy segurísimo, es un lugar mejor por haber librado ese conflicto del modo que se hizo y por el hecho de que lo ganase el bando que lo ganó». Establecido esto, lo único que queda por determinar es si el imperio de la libertad ejecutó bien esta tarea históricamente asignada, y puntuar adecuadamente a los diversos actores de la historia. Lo que, para Gaddis, casi estuvo a punto de desviar al imperio fue el equilibrio nuclear del terror y ciertos excesos contraproducentes, geopolíticos y éticos, en la lucha local contra el comunismo: uno al dar a entender que reconocía a su oponente como un igual, y el otro al permitir que la libertad se contaminase en buena medida. Aunque Gaddis entiende por completo los mecanismos que impulsaron a Estados Unidos en la década de 1960 a alcanzar un acuerdo, hablando relativamente, con la Unión Soviética, lo que anima este análisis es «la vuelta de la equidad»: el asombroso cambio de la década de 1980, cuando un Estados Unidos de nuevo despierto, bajo el liderazgo del gran comunicador, retó con fuerza a un imperio del mal cada vez más decrepito.

Desde el punto de vista empírico, la trama exige la menor violencia con el matiz histórico en sus partes intermedias, los momentos de supuesto

exceso y reconocimiento. Los periodos iniciales y finales, por el contrario, exigen mucha de esa violencia. Tomemos, en principio, la explicación que Gaddis da de los «orígenes». Sencillamente no es cierto que las potencias occidentales y la Unión Soviética estuviesen ideológica y geopolíticamente en guerra en 1945. Y se puede sostener que Stalin tampoco mantuvo una política, durante la guerra o inmediatamente después, que fuese más allá del alcance de la geopolítica tradicional (zarista); y tampoco asumió que la constelación básica de grandes potencias de la Guerra no pudiese continuar. Stalin era hiperrealista. Su perspectiva, y la del movimiento comunista, era la de una política de alianza antifascista, destinada (quizá equivocadamente) a servir a los intereses a largo plazo de su régimen y del movimiento auxiliar que tan a menudo le resultó una molestia. De ahí la política extraordinariamente conservadora de los partidos comunistas de Francia e Italia, los únicos con verdadero poder en Europa Occidental, que ayudaron sustancialmente a reconstruir el capitalismo en sus respectivos países hasta que fueron expulsados de los gobiernos de coalición en 1947. De ahí también la incredulidad de Stalin ante los ejemplos revolucionarios de la Yugoslavia de Tito y la China de Mao, y su posterior suspicacia, no inmerecida desde su punto de vista aventajado, ante la naturaleza en esencia independiente de dichos ejemplos.

El momento crucial de reversión de Gaddis es aún más espurio. La idea de que pudiera incluirse al gobierno de Reagan en una vuelta general a la moral y a los criterios universales de justicia alcanza lo oscuramente divertido: es difícil encontrar otro gobierno estadounidense de posguerra que de manera tan flagrante y masiva rompiese todas las normas de conducta internacionales. ¿Irán-Contra? No se menciona. ¿La entrega de armas a los asesinos patológicos de El Salvador? ¿El minado ilegal de los puertos nicaragüenses? No se mencionan. ¿El apoyo al *apartheid* sudafricano y a Saddam Hussein? No se menciona. Casi de pasada, Gaddis señala que las reflexiones y los movimientos nucleares de Reagan estuvieron imprudentemente cerca de provocar una guerra real.

Queda el insuperable problema llamado República Popular China. ¿En qué parte del esquema de Gaddis encaja? ¿Cómo pudo Estados Unidos aliarse prácticamente con el régimen comunista más radical, que ni siquiera estaba diplomáticamente reconocido, contra otro mucho más conservador, oficialmente comprometido con la idea de coexistencia pacífica? Sobre estas cuestiones, Gaddis sólo ofrece comentarios superficiales, murmurando vagamente que el consenso sobre China sigue sin estar claro, como si dicha claridad consensual le importase. Esta reticencia deriva de una cierta ambigüedad respecto a la cuestión fundacional de si la Guerra Fría era un conflicto sistémico. Si un comunista utópico como Mao podía decidir, por razones «realistas», aliarse con Estados Unidos, y si Estados Unidos podía aliarse con él en nombre de la triangulación, ¿qué dimensión sistémica podía existir?

Gaddis no aborda este problema, porque su deseo abrumador no es explicar la naturaleza de la Guerra Fría en sí, sino narrar el triunfo del capi-

talismo democrático sobre el comunismo totalitario. El final se inscribe así en el principio, y por eso tiene que insistir en que todo el periodo o sistema es en esencia el mismo todo el tiempo. La historia de la bondad intemporal exige que 1989-1991 deba estar relacionado con 1945-1947. No hay duda, por supuesto, de que se produjo un cambio de rumbo en Estados Unidos y de que la Unión Soviética desapareció. Sin embargo, la Unión Soviética no se hundió, fue destruida. El accidente histórico también desempeñó un papel significativo: se podría decir que Chernobyl tuvo mayor impacto en las divergencias internas de la cúpula soviética que las poses de Reagan. Pero éstos son problemas históricos complejos que estereotipos monótonos sobre la decadencia, la decrepitud y los retos morales poco ayudan a iluminar.

Los historiadores pueden presentar objeciones a las simplificaciones de Gaddis, pero éstas influyen mucho en los estudiantes universitarios, los politólogos y los presidentes. Probablemente el tenor político y la franqueza de *The Cold War* sean muy del gusto de George W. Bush. En todo caso, en 2004, el presidente –sin apremio– leyó *Surprise, Security and the American Experience*, también de Gaddis, un libro muy corto que se propone demostrar que la política de ataques preventivos de Bush está plena y seguramente inserta en las tradiciones históricas de la política exterior estadounidense. En opinión de Gaddis, la guerra contra el terrorismo, la invasión de Afganistán y la Operación Libertad Iraquí sólo representan una adaptación, aunque necesariamente radical, de una matriz subyacente que data de 1814, cuando, después de que los británicos ocupasen y quemasen Washington DC, John Quincy Adams articuló los tres métodos por los que debía garantizarse la seguridad estadounidense. Bush no es de hecho sino el más reciente de una larga lista de líderes estadounidenses que han utilizado la «prevención», el «unilateralismo» y la «hegemonía». Tras esta trinidad estadounidense, sin embargo, radica una continuidad más fundamental en el modo de ser del país hacia el mundo: cuando se ve amenazado, Estados Unidos tiende no a contraer su esfera de seguridad sino a ampliarla agresivamente, de manera más destacada en los momentos en los que su propio territorio está sometido a golpes directos y por sorpresa (1814, 1941, 2001).

Desde este punto de vista, la Segunda Guerra Mundial y la posterior Guerra Fría fueron aberraciones. Porque Roosevelt, cargado después de 1941 con difíciles exigencias militares, no pudo practicar ni la prevención ni el unilateralismo, y las necesidades de la Guerra Fría –alianzas, armas nucleares– también obligaban a basarse sólo en la «hegemonía». Reagan derrotó al imperio del mal, por supuesto, pero en la década de 1990, cuando las condiciones objetivas estaban maduras para la erradicación definitiva de la tiranía, se produjo un fallo en el nervio y la visión de Estados Unidos. Clinton y los de su calaña, desprovistos de una gran estrategia y de todo sentido de la historia, imaginaron que la globalización capitalista se cuidaría por sí sola de las cosas. La profundidad de este espejismo la revelaron los actos incomprensiblemente malignos del 11 de septiembre, que

establecieron la escena para la metamorfosis de George W. Bush en «el primer gran estratega del siglo XXI»; «una de las transformaciones más sorprendentes de un líder nacional subestimado desde que el príncipe Hal se convirtió en Enrique V».

La doctrina planteada por Bush en 2002 fue la respuesta adecuadamente desterritorializada a un nuevo tipo de amenaza desterritorializada: intervenir en cualquier parte y en todas partes, si la ocasión así lo exigiese. En el mundo de hoy, «respetar la soberanía ya no basta porque eso implica un juego cuyos participantes entienden y respetan las reglas. En este nuevo juego no hay reglas». Una estrategia preventiva, unilateralista y hegemónica es lo que se necesita, esta vez a escala planetaria. El método de Bush para neutralizar la amenaza del terrorismo, por su parte, es «asombrosamente simple: extender la democracia a todo el mundo». Porque el terrorismo no tiene nada que ver con Estados Unidos o Israel, y sí con las frustraciones de vivir en sociedades islámicas tiránicas o autoritarias. Mucho más que el terrorismo en sí, a Gaddis le interesa alterar la sociedad: «cambio de régimen» es la terminología escogida. La idea dominante es iniciar la transformación democrática de Oriente Próximo, introduciéndolo en el «mundo moderno», y así realizar por fin el sueño wilsoniano de alcanzar un mundo seguro gracias a la democracia.

Gaddis retrata las primeras fases de aplicación de esta estrategia en los términos más entusiastas:

El gobierno de Bush probó el sabor de Agincourt con su victoria sobre los talibanes a finales de 2001, a la que los afganos respondieron con alegría afeitándose la barba, arrojando los burkas, y vitoreando a los infieles, incluso hasta el punto de prestarles caballos desde los que marcaban con láser los objetivos de sus bombas.

Tras este éxito asombroso, Estados Unidos pudo marchar triunfal sobre Iraq, donde se podían cumplir diversas misiones históricas mundiales. He aquí Gaddis hablando en nombre de Bush:

Podíamos completar la tarea que la Guerra del Golfo dejó inacabada. Podíamos destruir todas las armas de destrucción masiva que Saddam pudiera haber acumulado. Podíamos acabar con todo el apoyo que estuviese proporcionando a los terroristas fuera de las fronteras de Iraq, principalmente a aquellos que actuaban contra Israel. Podíamos liberar al pueblo iraquí. Podíamos garantizar un amplio suministro de petróleo barato. Podíamos poner en movimiento un proceso que debilitase y en último término derrocarse a todos los regímenes reaccionarios de todo Oriente Próximo, eliminando así el principal terreno de crecimiento del terrorismo.

Ésta era, por supuesto, la opinión entonces dominante entre los neoconservadores, pero que también compartían, debe recordarse, diversos intervencionistas liberales. Explica sin duda el entusiasmo de la Casa Blan-

ca por el libro; Gaddis fue incluso invitado a ayudar al Presidente a elaborar algunos de los párrafos sobre la prevención que incluyó en el discurso de investidura de 2005. Para entonces, por supuesto, a medida que las dificultades en Mesopotamia se hacían obvias, Gaddis estaba reconsiderando la invasión; en las últimas fases de *Surprise, Security and the American Experience* (2005) da mayor importancia simbólica a la figura de Bismarck, que no sólo sabía cuándo provocar conmoción y pavor sino también, prudentemente, cuándo parar. No obstante, Estados Unidos sigue siendo la patria de la libertad: «si no la última esperanza en la Tierra, sí seguimos siendo los mejores en la opinión de la mayoría de sus habitantes».

Cinco años después de la conmoción y el pavor no es obvio que alguien recuerde la idea de la doctrina Bush. Pero a pesar de lo efímera que fue, Gaddis acierta, por razones equivocadas, al decir que constituyó un verdadero cambio. En ningún momento de la historia de Estados Unidos ha declarado nadie el derecho supremo a hacer lo que uno quiera donde uno quiera: en efecto, la soberanía planetaria. No se debería trivializar este movimiento, que llevó la libertad de acción ya concedida por el «intervencionismo humanitario» de Clinton un decisivo paso más lejos. Por otra parte, sin embargo, el libro no es más que otro ejercicio ideológico, en el que Gaddis superpone al pasado las preocupaciones que rigen en el presente. Normalizar y naturalizar a Bush como un tradicionalista innovador es típico de Gaddis: en lugar de sanear al presidente Bush arrojándolo con un imaginario mejor, le proporciona un pedigrí histórico, convirtiéndolo en un John Quincy Adams de nuestro tiempo. Como en *The Cold War*, el final está presente en el comienzo. El procedimiento es circular: la doctrina Bush se proyecta hacia atrás y se descubre que es la «verdad tradicional de Estados Unidos», que entonces puede trazarse hacia delante, hacia su final adecuadamente estadounidense en la mismísima doctrina Bush.

Invirtiéndolo, el argumento general de Gaddis —que Estados Unidos tiene una larga historia de prevención y unilateralismo— podría parecer una descripción muy precisa del imperialismo estadounidense; lo bueno aquí es malo. Empíricamente, por desgracia, el problema es que la totalidad es falsa. Si bien ciertamente Estados Unidos ha seguido con generosidad la prevención, ésta no ha formado siempre parte, ni siquiera principalmente, de una «gran estrategia», ni ha sido debida a ideas de seguridad o inseguridad. La expansión territorial del siglo XIX tuvo igualmente poco que ver con la gran estrategia, sino que por el contrario estuvo fuertemente imbricada en intereses y procesos económicos relativamente autónomos y, de hecho, en gran medida condicionada previamente por ellos. Estados Unidos, por no precisar demasiado, trataba más y mejor del capitalismo. Más en especial, en la medida en que se produjo una «sorpresa de seguridad» que amplió las concepciones de cuáles eran los intereses de Estados Unidos en el siglo XIX, no fue la quema de la diminuta ciudad provincial de Washington por el almirante Cockburn en 1814, sino la revolución de los jacobinos negros en Haití, que no sólo asustó de muerte al li-

beral esclavista Thomas Jefferson, sino que, irónicamente, le permitió en último término comprar el territorio de Louisiana a Napoleón, y así duplicar el tamaño del país.

En todo caso, la ocupación de Washington apenas pudo sorprender a los estadounidenses dado que ellos mismos habían declarado la guerra dos años antes, y habían ocupado York, capital del Alto Canadá Británico, en 1813. La siguiente adición enorme de terreno, adquirida tras la agresión contra México en 1846-1848, no fue de igual modo producto de la sorpresa sino el resultado combinado de la penetración fronteriza, la rentable esclavitud algodonera y la promesa de adquirir excelentes puertos en la costa occidental. No tenía nada que ver con la «prevención» en el sentido que encontraremos después del 11-S. Gaddis también interpreta erróneamente la doctrina Monroe, que Adams no compuso en 1823 como respuesta a la guerra con los británicos, sino al tambaleante imperio español en América Latina. Adams, una figura compleja y contradictoria, era con seguridad un expansionista, pero estaba drástica e inequívocamente en contra de la intervención más allá de la vecindad inmediata de las fronteras existentes, y ciertamente contra el intervencionismo para expandir la «libertad».

Además, no puede decirse que la prevención, el unilateralismo y la hegemonía formen un trío específicamente «estadounidense», como sostiene Gaddis. De hecho, se puede decir que no hay trío en absoluto: lo que hace efectivos a los dos primeros es, al final, la hegemonía. Sin este ingrediente normativo, la prevención y el unilateralismo se volverían herramientas simples del estatismo clásico, o, dicho de otro modo, las normas militares internas del Estado de Israel. Éste, y no el temible John Quincy Adams, parece el modelo inmediato. El gran defecto del análisis de Gaddis, sin embargo, es la proyección de coherencia estratégica y lucidez. Porque las explicaciones de la política exterior estadounidense están, por el contrario, marcadas durante largos periodos por una fuerte arbitrariedad, que a su vez es expresión de varios factores internos: la relativa intrascendencia de las relaciones internacionales propiamente dichas (con algunas excepciones espasmódicas); la reproducción abrumadoramente interna de las clases dominantes; y un federalismo que, paradójicamente, a veces ofrece una extraordinaria licencia a la presidencia monárquica, en gran medida por sus prerrogativas muy reales como comandante en jefe. Dentro de un cierto ámbito ideológico, la Casa Blanca tiene una notable libertad, lo cual significa que el carácter de su inquilino puede a menudo importar de manera más sistemática para el exterior que para el interior.

La fama de Gaddis como historiador, sin embargo, no quedará en última instancia determinada por su fábula neo-reaganista sobre la Guerra Fría ni por su apoyo a la Doctrina Bush, sino por la próxima biografía oficial de George Kennan. Éste, como Adams figura fundamental en los anales de las relaciones exteriores estadounidenses, es aun más contradictorio y difícil de manejar, sobre todo porque fue capaz de ser tan crítico con la po-

lítica convencional como con la sociedad de Estados Unidos. Su último acto como intelectual público –falleció en 2005 a la imponente edad de ciento un años– había sido criticar con dureza a todos los cargos públicos de Washington, incluidos los endebles demócratas, por dejarse atraer a la terriblemente obstinada invasión de Iraq por parte de Bush. La maquinaria de códigos gaddisiana, por lo demás tan eficaz a la hora de convertirlo todo en una versión del propio Gaddis, no podrá procesar con tanta facilidad esas idiosincrasias críticas.